

LA CRISPETERA

Juliana Carabali

«En medio de esta ciudad, hoy camino en busca de un testimonio, de una mirada, una voz, un registro...»

En medio de esta ciudad hoy camino con otra mirada, reconociéndola como un trozo de vida que se transforma y me incita a pensarla, descubrirla, analizarla, observarla o escribirla; mientras mis sueños se alían, y se lanzan como locos a volar en ella».

Todo empezó como una fijación de mi mirada a esas ruinas férreas que entre óxido, pasto y otras mezclas humanas, me incitaban a pensar en ellas como un monumento ciudadano olvidado, pero de una inmensa significación urbana y social.



Foto: Lina Fernanda Rodríguez Montaje: Ricardo López ▲

Entonces pensé en la memoria, en las telarañas que a veces le surgen pero que como recuerdos continúan divagando en tu cerebro, como esos sueños que viviste al máximo, pero cuando te levantas, no puedes recordar si no unas imágenes fragmentadas que te dan pocos indicios de la historia.

El tren

No sé por qué ese encantamiento mío con los medios de transporte, la investigación pasada trabajé sobre el bus y sus relaciones y en esta el espacio abandonado de los ferrocarriles que además de ser límite de una cárcel y espacio adecuado para que los trabajadores del sector jueguen fútbol y tomen una siesta, es en las noches también espacio propicio para fiestas clandestinas y anónimas donde el sexo y las drogas alucinógenas se convierten en centro de diversión y mito, para quienes si

acaso sólo han oído hablar lejanamente de las excéntricas fiestas. Recorro entonces mi pasado al realizar esta investigación y lo peino suavemente mientras evoco todos los sucesos que se vivieron en él, cuando desde principios del Siglo XX el tren hizo parte fundamental de la vida de la ciudad de Santiago de Cali y en cuyos vagones, pasillos, taquillas, baños, murales y cabinas se desarrollaron infinidad de historias de hombres y mujeres que llegaron con una maleta a retar su destino en un viaje donde en cada estación el campanazo de la locomotora alertaba a sus habitantes y el paso rápido de los vagones sobre los rieles levantaba a los pájaros que se escondían en los cañaduzales y a los rayos de sol o de lluvia que bañaban el paisaje de poética que paulatinamente se empezó a decolorar hasta quedar parálítico y estático en un reconocido lugar de la ciudad donde sus habitantes deambulan a diario haciendo implícitamente parte de la soledad estática de este sitio.

Entonces decidí preguntarme cómo verían los caleños la transformación de ese espacio desde el punto de vista de los ex trabajadores y de los nuevos habitantes de Cali que utilizan el espacio como centro deportivo y de descanso. Lo primero que hice fue conversar con un señor ex trabajador del ferrocarril que fue conductor de éstos por mucho tiempo y quien en cada palabra de anécdotas y



Obra: «Acaso es el ocaso» ▲

Foto: Lina Fernanda Rodríguez

relatos, dejaba escapar un espíritu nostálgico, pues como él mismo dice: «El alma mía era escuchar tremendo monstruo y saber que yo era el que lo estaba controlando».

Las citas con este personaje las tuve en la panadería «Quinta con Quinta», ya que él nunca me dejó conocer su casa, su teléfono, su nombre, ni ningún otro dato que permitiera una comunicación imprevista. Al principio no me gustó, pero de repente le encontré su lado bueno, me sentí en el papel de la investigadora que intenta encontrar un conocimiento oculto uniendo pistas, atando cabos de conversaciones espontáneas en un lugar cotidianísimo que por serlo en exceso se vuelve anónimo.

Entonces yo llegaba y él estaba allí. Comíamos pandebonos con café y empezábamos a navegar en relatos con olor a harina, galletas, gente que entra, que sale...

Una tarde de conversación me habló de una mujer que vendía crispetas en el ferrocarril y me llevó donde ella. Después de conocerla, el señor de la Quinta con Quinta perdió importancia para mí, pues aquella mujer de cabellos largos y canosos tenía la mente amplia

como el mar y un encantamiento en cada una de sus palabras, al punto que me entregué por completo a la narración de sus historias, desviando un poco mi investigación hacia ella y encontrando que era la historia de vida, el método más apropiado para conocerla.

Tomé fotos pero se velaron, salvo algunas del ferrocarril que utilicé para la elaboración de un monólogo dancístico - teatral, donde con crispetas que se hacían en escena y figuras de tren proyectadas, yo, Juliana, evocaba el instante de vida cotidiano cuando la señora se levantaba, hacía las crispetas, el día en el que llegó a la estación con

Obra: «Acaso es el ocaso»
Foto: Lina Fernanda Rodriguez ▼



su hijo Enrique y un canastado de crispetas, y el mundo le susurró con palabras caníbales, que el ferrocarril, a partir de ese instante sólo sería un recuerdo.

Entonces ella deambuló como yo, por las calles de esta ciudad.

Se encontró con carros, soledades, tristezas y otras historias que yo me deleité escuchando, porque si para algo me sirvió la experiencia, fue para aprender y valorar actos como escuchar, observar, escudriñar en la visión y la vida de quienes como yo, transitamos por el mundo esculpiendo a diario huellas que inexorablemente se deterioran y por eso cada día es una oportunidad para desempolvarlas, compararlas, entenderlas y aprender de ellas.

La investigación es una forma muy hermosa de



▲ Obra: «Acaso es el ocaso» Foto: Lina Fernanda Rodriguez

encontrarse con aquello que amas pero que no tienes ni idea que existe hasta que un día decides ir tras ello y hacerlo parte tuya, en este caso es un escenario, donde con mi ropita de trabajo, la ayuda de Laura, la música, el público y las crispetas, yo pude transmitir, y expresar lo que de otra manera no hubiera sido más que una aventura, escondida en mi cerebro. ◀